



Geronimo Stilton

EL CASTILLO DE ROCA TACAÑA

HUMOR Y AVENTURA



de

Geronimo Stilton es el editor del Eco del Roedor, el periódico más leído de la Isla de los Ratones. La profesión de Geronimo le hará vivir muchas peripecias que, trasladadas a la vida ratonil, se parecen mucho a la vida real: reporteros agresivos, noticias exclusivas, robos de manuscritos, arriesgadas expediciones... pero siempre respetando «el código de honor» del buen reportero -sinceridad, igualdad y paz- del que Stilton y su equipo hacen gala. El mundo del periodismo en clave... ratonil.

Una boda es una oportunidad para encontrarse con la familia, divertirse y pasarlo en grande. Sin embargo, cuando el que se casa es la persona más tacaña de Ratonía, la oportunidad se convierte en una experiencia única. Al menos así lo vivió Geronimo Stilton cuando llegó a Roca Tacaña a felicitar por su enlace a Virgilio, el hijo del Tío Milordo, y a Cloaquita Pestoseta, su futura esposa, una ratoncita gris, pero millonaria. La visita se transformó en el gran acontecimiento. Geronimo conoció todos los secretos del ahorro, y

Trampita, hasta dónde llega la paciencia de Geronimo. Pero quizás la mayor sorpresa se la llevó la sumisa Cloaquita cuando conoció a la decidida y valiente Tea, que le ayudó a dar una vuelta a su destino.



Geronimo Stilton

El castillo de Roca Tacaña

Stilton - 4

ePub r1.1

Kars 21.10.14

Título original: *Benvenuti a Rocca
Taccagna*

Geronimo Stilton, 2003

Traducción: Manuel Manzano

Ilustraciones: Larry Keys

Editor digital: Kars

ePub base r1.1



Queridos amigos roedores,
bienvenidos al mundo de



Geronimo Stilton



El Eco del Roedor
Redacción





GERONIMO STILTON
RATÓN INTELLECTUAL,
DIRECTOR DE *EL ECO DEL ROEDOR*



TEA STILTON
AVENTURERA Y DECIDIDA,
ENVIADA ESPECIAL DE *EL ECO DEL ROEDOR*



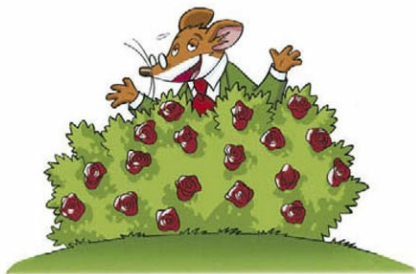
TRAMPITA STILTON
PILLÍN Y BURLÓN,
PRIMO DE GERONIMO



BENJAMÍN STILTON
SIMPÁTICO Y AFECTUOSO,
SOBRINO DE GERONIMO

Geronimo Stilton

**EL CASTILLO
DE ROCA TACAÑA**





EXCELENTÍSIMO SEÑOR ROEDOR GERONIMO STILTON

Aquella mañana el timbre de la puerta sonó insistentemente. Fui a abrir y me topé de narices con el cartero.

—**¡Carta para usted, señor Stilton!** —exclamó mientras me daba un extraño, extrañísimo sobre.





»¡Tiene que pagar un recargo! –añadió–. ¡El tipo, o sea, el ratón que ha enviado la carta se ha olvidado del sello!

–¡Ufff! ¡Qué fastidio! –refunfuñé, echando mano a la cartera.

Pagué y cerré la puerta tras de mí.

En las patas tenía un sobre que parecía haber sido fabricado encolando viejos trozos de periódicos. La dirección decía así:

Exmo. Sr. Roedor Geronimo Stilton...

El sobre parecía sellado con un lacre verde, pero observándolo con más detenimiento me di cuenta de que se trataba de una goma de mascar.

¡UN CHICLE MASTICADO Y REMASTICADO!

Lo que había tomado por un timbre era, en cambio, ¡la marca de un incisivo!

Con algo de asco, pero con mayor curiosidad, abrí el sobre.

Dentro encontré una tarjeta de visita pringosa, probablemente escrita en un trozo de



papel de envolver embutidos. Lo olisqueé: no me equivocaba, todavíaapestaba a **queso**, ¡y del peor!

Observando el papel con una lupa comprobé también que no estaba escrito con un bolígrafo o un lápiz, sino con un *trocito de carboncillo*.

EXMO. SR. ROEDOR



GERONIMO STILTON

Examiné y revisé el papel aún con mayor curiosidad.

¡Se trataba de una invitación! *¡A una boda!*
Parecía que el remitente era una especie de lord,

Milordo Zanzíbar...



Milordo Zanzibar

invita al Señor Roedor

Geronimo Stilton

al enlace de

Virgilio Zanzibar

y
Cloaquita Pestoseta-Tufarada

la ceremonia se celebrará
en el castillo de la familia
en Roca Tacaña.

Se agradecerá un
regalo, por otra
parte, ¡¡¡obligatorio!!!



¡TEA!
¡TEAAA!

pero ¿qué me preguntas?



Pero ¿quién era Milordo Zanzí-
bar? No recordaba ese nom-
bre. ¿Quizá era un pariente

lejano, lejanísimo?

¿O quizá un ami-
go? ¿O un cono-
cido?

Telefoné a mi her-
mana Tea, que se
echó a reír.

—¡Geronimo!

pero ¿qué me preguntas?

¡Claro que
he recibido la invitación de tío

¡Tea!



¡TEAAA!

Milordo! Claro, Milordo Zanzíbar, llamado el **Piojoso**, aquel pariente lejano nuestro que vive en el castillo de **Roca Tacaña**. Bueno, será el pretexto perfecto para hacer un viaje. Entonces, hermanito, ¿has hecho ya el equipaje? ¿Estás listo para partir? ¡Paso a buscarte en seguida con Benjamín y Trampita! ¡Adiós, hasta ahora!

—¿Qué? —chillé—. **¡Tea!** Es decir..., no, *¡no estoy listo!* Tea, Tea, ¿me oyes?

¡¡¡TEAAA!!!

Colgué, mordiéndome la cola de rabia.

¡Mi hermana no había perdidido el vicio de colgarme el teléfono en los morros! ¡Qué incordio!



¡TEA!



¡TEAAA!

Diez minutos después, Tea estaba en mi casa.

—¡Verás como nos divertimos un montón!

—exclamó—. ¡Por fin un viaje!

Abrí la boca para decir que no podía, ¡que no quería partir de ninguna manera! Pero Benjamín, mi sobrinito preferido, me cogió de la pata y me susurró al oído:

—¡Tío Geronimo, por favor, por favor! ¡Por favor!

¡Vamos juntos! Me haría tanta ilusión asistir a una

boda... Mira, ya

he preparado

un regalito

de boda para

Virgilio. ¿Crees

que le gustará?

Y me

mostró dos

corazoncitos de



¡Tea!



¡Teaaa!

cartulina roja con los nombres de los novios escritos.

Suspiré, acariciándole las orejitas con ternura.

—Vale, Benjamín, vayamos...

—Vale, Benjamín, vayamos...





PERO ¡¿QUÉ CLASE DE LUGAR ES ESTE?!

El viaje fue largo.

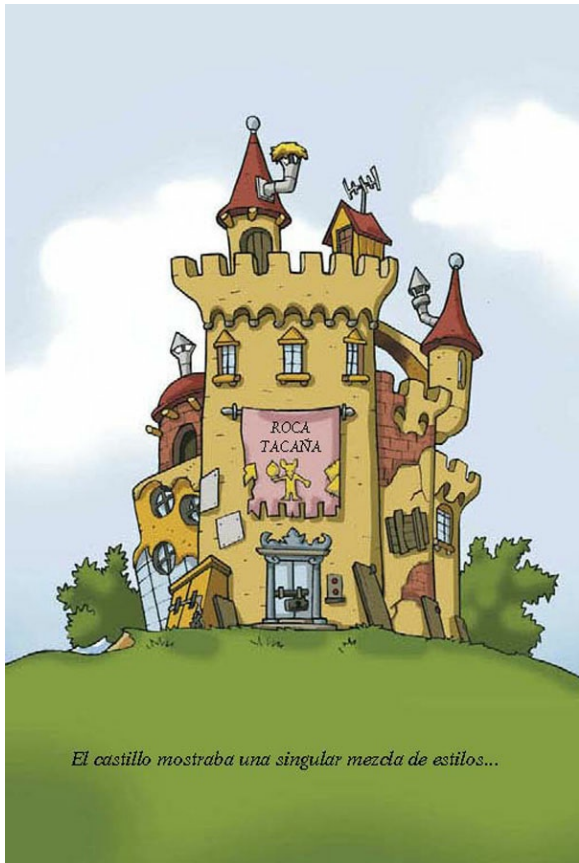
M u y l a r g o .

De hecho, el castillo de tío Milordo se encontraba lejos, muy lejos, de la ciudad de Ratonía.

Por fin lo vimos recortarse en lo alto del horizonte. Erigido en un pico inaccesible, el castillo mostraba una singularísima mezcla de estilos, del ratonesco arcaico al minimalismo ementaliano, sin lógica alguna, como si un botarate se hubiese puesto a jugar con plastilina.

De la fachada del castillo colgaba un roñoso escudo lleno de

parehes y



El castillo mostraba una singular mezcla de estilos...



de tejido descolorido, que tenía bordadas las siguientes palabras:

ROCA TACAÑA

El escudo representaba a un ratón con una hucha en la mano derecha.

Para construir el castillo se había utilizado toda clase de materiales posibles e imaginables. Sillares de antiguas murallas, columnas de mármol con bajorrelieves de ratones alados, bloques de cemento armado, incluso falsas vigas de madera falsa, hasta baldosines de baño de extraños colores: verde pistacho, amarillo cólera...

Incrustados en los muros de cemento se distinguían objetos y materiales de todo tipo: latas de aluminio aplastadas, botellas de vidrio, cajas de fruta de madera, e incluso frag-



mentos de espejos
y cosas así.

El conjunto
parecía la

pesadilla
de un archi-
tecto.

Nos acercába-
mos al profun-
do foso que rodea-
ba el castillo.

El agua estaba putrefacta
y fangosa.

—Pero ¡¿qué clase de lugar es este?! —exclamó
Trampita, tapándose la nariz disgustado.

Yo me fijé en que faltaba el timbre.

—¿Cómo llamamos? —pregunté.

Mi hermana Tea sonrió con malicia, se metió
dos dedos en la boca y emitió un **silbido**
lacerante que me trepanó los tímpanos.

Nos acercábamos al profundo foso que rodeaba el castillo. El agua estaba putrefacta y fangosa.



—**¡Aaayyyy!** —exclamé aturrido, des-
taponándome los oídos.

Se oyeron unos cuantos chirridos y después,
justo por encima del nivel del agua, se abrió
una portezuela por la que apareció el morro
afilado de un ratón.

—Bien, bien, bien, por fin habéis llegado, que-
ridos, queridísimos parientes...

*bienvenidos al lugar más bello del mundo,
¡el castillo de Roca Tacaña!*

Tío Milordo echó al agua una vieja cámara
de neumático llena de parches a la que se ha-
bía añadido un fondo de madera contracha-
pada.

Milordo saltó sobre aquella parodia de em-
barcación y remó hasta la orilla.

Atracó y, con aire solemne, como si estu-
viese invitándonos a un lujoso transatlántico,



nos hizo el gesto de que saltáramos dentro.

–Queridos sobrinos, ¡subid al barco y disfrutad de la bella travesía! –rió complacido.

Después añadió:

–¿Habéis visto? No falta nada, ¡ni siquiera la piscina! Y para vosotros, que sois parientes, ¡es gratis, naturalmente! Si queréis, podéis bañaros. ¿Estáis contentos? Sin embargo, intentad no meter el hocico bajo el agua, ¡SI OS CONTAGIÁIS DE ALGUNA

SUCIA ENFERMEDAD SERÁ ASUNTO VUESTRO!

Cruzamos el foso pestilente, haciendo un *slalom* entre una masa pútrida de plantas acuáticas y botellas de plástico flotantes y otras inmundicias que era mejor no identificar.

–Pero ¡¿qué clase de lugar es este?!

–oí murmurar a mi hermana.



¡PICA, PICA, PICA!

—¡Tío Milordo, qué tufo! Perdona, pero ¿esto es un foso o una cloaca? —exclamó Trampita pérfido, dándole un codazo al tío.

—*Jh jh jh* ¡si supieras, sobrino, qué se cría en el foso! Tengo un bonito criadero de... pero mejor no..., mejor no os lo digo, ¡quiero daros una sorpresa!

Me senté en el borde, resignado, intentando evitar que me salpicase el agua pestilente.

¿Por qué, por qué, por qué me había dejado convencer para viajar a aquel absurdo lugar?

De repente sentí un extraño picor en el trasero.

¡PICA,



PICA, PICA!

Empecé a rascarme, primero con discreción, pero al poco empecé a hacerlo frenética, desesperadamente.

—¡Pica! ¡Pica! ¡Piica! —chillé rascándome cada vez con menos disimulo. Me arranqué los pantalones para rascarme mejor.

Entonces me di cuenta de que, mientras tanto, varios roedores se asomaban por las almenas del castillo (los invitados, probablemente).

También oí algún comentario:

—Pero ¡mira cómo se rasca!

—¡Qué vergüenza!

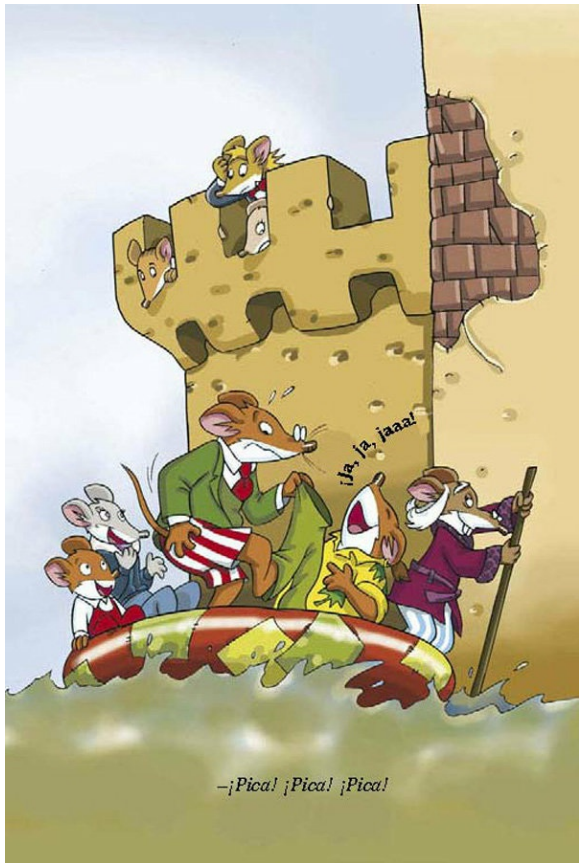
—¡Mira, mira, se ha quitado *incluso* los pantalones!

—Pero ¿quién es ese tipo?

—Creo que es un pariente lejano, lejanísimo, nuestro, un tal Geronimo Stilton...

Cuando llegamos al final de la travesía, Tea me fulminó con la mirada.





—¡Pica! ¡Pica! ¡Pica!



—Vaya papelón que hemos hecho por tu culpa. Me di cuenta de que Trampita se reía disimuladamente, murmurando: **¡Funcionan, los polvos pica-pica funcionan!**

Deseé ahogarlo allí mismo en el fondo del foso. Iba a agarrarlo por la cola, pero mi primo, con una mueca de escarnio, desapareció detrás de la puerta...

Entramos en el patio interior, repleto de invitados.

Eran todos parientes míos, bueno..., nuestros.

Me observaban con curiosidad.

Oí como alguien murmuraba:

—¿Es posible? ¿Es posible que ese (¡¡¡ese que se rascaba sin pantalones!!!) sea Stilton, Geronimo Stilton, el editor?

—¡Sí, te digo que es él, el mismo!

—¿De verdad?

—¡Qué vergüenza tener parientes como este!

¡PICA,



PICA, PICA!

—Y pensar que me habían dicho que era un ratón tan respetable...

—Sí, tenía fama de ser un tipo serio, pero en cambio...

Miré a todos aquellos parientes con el rabillo del ojo.

Me había sonrojado de vergüenza.

De pronto me fijé en Trampita, que estaba en una esquina del patio.

Me acerqué furibundo para decirle en los morros todo lo que pensaba de él...

Pero ¿quién es ese?

¡Es el famoso editor! ¡Qué vergüenza!



¡PICA,



PICA, PICA!

Pero en cuanto abrí la boca, Trampita me metió dentro un bombón.

—Quiero que me perdones, primito... —dijo—. Toma, mira qué *buenos* están estos bombones —susurró.

Me quedé allí plantado.

—Ejem, bueno..., sí..., ¡gracias! ¡Bueno, buenísimo! —murmuré con cierta expresión de sorpresa.

¡Qué raro que mi primo Trampita fuese tan amable!

¿Has visto cómo se rasca? ¡Parecía un ratón tan respetable!





Tío Milordo nos dio la bienvenida:
-¡Entrad, queridos huéspedes! Entrad y mirad a vuestro alrededor... Se mira pero no se toca, ¡¡¡je, je, je!!!



UNA BONITA Y CÁLIDA HABITACIÓN

Tío Milordo nos precedió subiendo por la escalera que llevaba al piso superior y abrió de par en par una puerta comida por la carcoma.

—Aquí está, queridos primos, la habitación que he reservado para vosotros..., ¡la mejor, por supuesto! Ahora, refrescaos del viaje, os espero en la sala de banquetes...

Entramos cargados de maletas.

El suelo estaba cubierto con una alfombra de color amarillo *gruyere* tan ruinoso que transparentaba.

En la pared había una librería llena de libros cargados de polvo.



Benjamín pasó el dedo por un volumen y leyó:

El excelso arte del ahorro
(o sobre cómo ahorrar hasta el hueso)

EDICIÓN GRATUITA

Intentó abrirlo para leer un poco, pero se dio cuenta de que era un falso libro, que consistía



en un único bloque de madera. Para ahorrar-se el papel, supongo.

Trampita fue a sentarse en una butaca de cuero descolorido.

—**¡Ayyy!** —chilló, tras rebotar contra un mue-
lle.

Intenté correr las cortinas, pero me di cuenta de que ¡estaban pintadas sobre una mampara de papel!

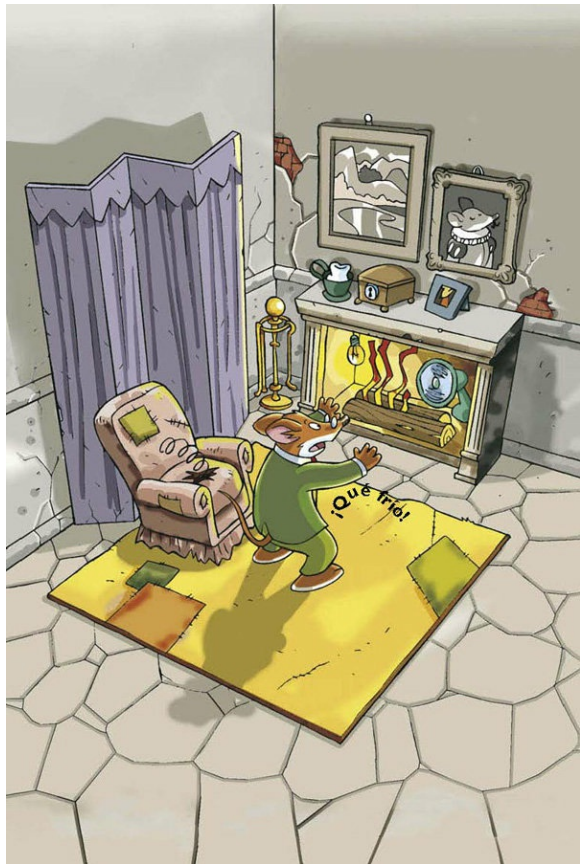
Entreví unas llamas que quemaban alegres en la chimenea.

Qué raro, porque la habitación estaba helada como una nevera...

—**¡Brrr, qué frío!** —murmuré aproxi-
mándome al fuego para calentarme.

Acerqué las patas a las **LLAMAS**, pero me di cuenta de que ¡eran trozos de papel rojo metidos en una

espita de aire helado!





PARA UTILIZAR EL BAÑO...

Soy un ratón ordenado. En seguida empecé a deshacer el equipaje, y estaba colgando en el armario el traje para la ceremonia cuando oí unos extraños gorgoritos. ¡Eran mis tripas!

De pronto, tuve la sensación de que se me retorcían.

—¿Dónde está el baño? —grité—. ¡Pasooooooooo!

¡Apartaos! Tengo una urgencia urgentísima...

Giré el pomo con fuerza, pero la puerta no se abría de ninguna manera. Benjamín intentó ayudarme.

—¡Mira, tío Geronimo, hay una tarjeta pegada en la puerta del baño!



Acerqué el hocico a la tarjeta (estaba escrita con letra pequenísima) y leí:

«Quien quiera utilizar el baño deberá pedir la llave».





Firmado: *Milordo Zanzibar*

–¡¡¡Ahhhhhhhhh!!! –grité desesperado– *¡¡¡Ahhhhhhh!!!*

¡No puedo esperar! ¡No puedo de ninguna de las maneras!

Benjamín bajó corriendo la escalera gritando:

–¡Tío, no te preocupes! ¡Voy a por la llave y vuelvo!

Trampita reía disimuladamente mientras meneaba en el aire una cajita sobre la que había escrito: *Bombones laxantes*.

–**¡Funcionan!** ¡Los bombones funcionan! –exclamó mi primo–. ¡Con uno es suficiente! ¡Y solo han pasado tres minutos y quince segundos! Fantástico,

¡fantástico, un verdadero récord!

–¡**Grrr...** después pasaré cuentas contigo!

–grité, y salí pitando por la puerta.



¡ES UNA URGENCIA URGENTÍSIMA!

Encontré a tío Milordo en el pasillo.

—¡La llave, por favor! ¡La llave! —grité anhelante. ¡No aguantaba más!

—¿Eh? ¿Cómo? ¿*Que llueve?* —preguntó haciendo pantalla con la pata en la oreja.

—¡La llave! ¡La llave del baño!

—¿Alguien se ha hecho daño?

¿Quién?

—¡Tíoóóóó!

—le grité en la oreja, desesperado—.





¡¡¡Necesito la llave de la puerta del baño!!!
–Ah, vale, sí, la llave..., no me acuerdo dónde la he puesto. Debe de estar en la despensa, o quizá la he dejado en el estudio..., o puede que..., pero... –murmuró tío Milordo.

**–¡ES UNA URGENCIA
URGENTÍSIMA!**

–gritó Benjamín tirando a Milordo de la manga de su chaqueta.

Entretanto, el resto de los parientes se asomaban con curiosidad a la puerta de nuestra habitación.

Oí cómo murmuraban:

–Pero ¿quién está montando todo este escándalo?

–Ah, otra vez ese. ¡Stilton, Geronimo Stilton!

–¿No crees que Stilton ya empieza a exagerar?

¡Es UNA URGENCIA



URGENTÍSIMA!

–¡Ya es suficiente!

–¡Un poco de dignidad, qué diantre!



–De algunos parientes uno no puede más que avergonzarse...

Bajamos al jardín.

Tío Milordo había recordado que la llave del baño estaba colgada en un clavo, ¡en el invernadero!

**SENTÍA
MIL PETARDOS
EN EL
ESTÓMAGO**

Pasaron unos minutos que me parecieron interminables, hasta que tío Milordo volvió del invernadero, aireando con gesto triunfante una llave de latón.

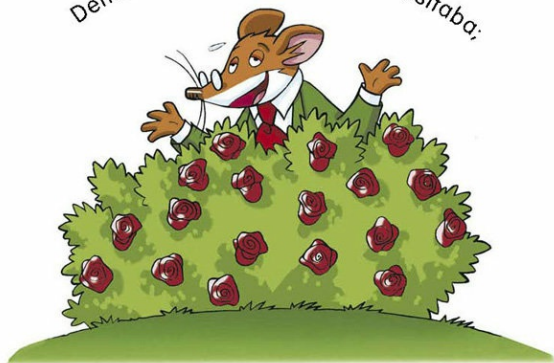
¡ES UNA URGENCIA



URGENTÍSIMA!

—¿Ves como no falta de nada en este casti-
llo? ¡Ni siquiera los cuartos de baño! ¡Toma,
aquí tienes la llave, queridísimo!

Demasiado tarde: ya no la necesitaba;



no había podido resistirme...

¡ES UNA URGENCIA



URGENTÍSIMA!

Salí de dentro de un frondoso rosal, balbuceando furibundo:

—¡Ya no necesito la llave, me las he arreglado solo!

Entonces mi pensamiento voló al responsable de todo aquel lío, al infame roedor que me había ofrecido los **bombones lxxantes**.

Exclamé:

—Esta vez Trampita me la paga...

Entonces me lancé al galope escaleras arriba





CLOAQUITA PESTOSETA-TUFARADA

Crucé encolerizado la puerta del salón, repleto de invitados.

En cuanto avisté a mi primo, me dirigí hacia él como una furia, apartando a empujones a los otros huéspedes para que Trampita no se me escapara.

Muchos protestaron en voz alta:

-PERO ¡QUÉ MODALES!

-Pero ¡é por qué me empuja?! -

-Pero ¿quién es ése?!

-¡Es otra vez él, Stilton, Geronimo Stilton!

-¡Qué ratón tan maleducado!

En cuanto llegué frente a Trampita intenté agarrarlo por la cola, pero de repente lanzó un grito, cogiéndome por sorpresa:





-¡Goronimote!

Luego Trampita, exagerado como siempre, continuó declamando:

-¡Aquí está mi primo preferido! Te presento a una señorita fascinante: *Cloaquita Pestoseta-Tufarada*, ¡la prometida de nuestro querido, queridísimo primo Virgilio!

Mientras hablaba, mi primo le besaba la pata con aire romántico a una ratoncita.

Intentaré describirla, aunque no tuviese nada de particular que la distinguiese.

No era ni **alta** ni **baja**, ni **gorda** ni **flaca**.

El pelaje era de color indefinido.

Tampoco me fijé demasiado en cómo iba vestida: estaba embutida en un vestido amorfo, quizá en lo que ella entendía como *vestido de cóctel*...



Me pregunté por qué parecía tan desgarrada.

Las mangas eran **cortas**.

O quizá la falda era demasiado de cualquier modo, el conjunto parecía extremadamente pasado de moda.

No se había maquillado, y achinaba los ojos de miope tras unas gafas de culo de botella.

No se podía definir como bella, ni tampoco como fea.

La palabra justa para ella era insignificante.

—Ejem... buenos días...

Soy..., me llamo, ejem, Cloaquita Pestoseta-Tufarada

—susurró con torpeza.

En aquel instante se acercó un ratón alto y delgado, con poca chicha sobre los huesos, de

larga;



Cloaquita Pestoseta-Tufarada



pelaje **amarillento**. También llevaba gafas y tenía entradas, en fin, que estaba decisivamente encaminado por la calle de la calvicie. Se trataba de mi primo Virgilio.

–Queridísimo primo Geronimo, ¿cómo estás? –me pregun-

tó cordial, palmeándome la espalda con la pata-. ¡Estoy contento, **supercontento**, de conocerte! –me susurró al oído.

Yo me sentí reconfortado. ¡Por fin alguien que parecía apreciar-me! Le devolví una mirada de agradecimiento.

–Ejem, bien, querido Virgilio. ¡Felicidades por la boda!



Virgilio Zanzibar



He conocido a Cloaquita, y me parece, ejem, muy... ¡simpática, eso!

El se alisó el bigote con el dedo.

—Sí, sí, pobre Cloaquita, tiene muy buena voluntad, es cierto, con el tiempo aprenderá. Por suerte estoy yo aquí para enseñarle generosamente... —murmuraba dándose humos. Yo lo encontré insoportable.

Luego Virgilio me susurró al oído:

—Por cierto, he escrito un libro interesantísimo, *Memorias de un gentilratón de campo*, y ¡quiero publicarlo! Me ayudarás, ¿verdad?

Suspiré. Ahora entendía por qué había sido tan amable: solo por interés, ¡porque quería colarme su aburridísimo libro!



¡SUBESPECIE DE RATA URBÍCOLA!

En aquel instante Trampita, con aire pícaro, sacó una cajita de bombones y con gesto de prestidigitador eligió uno envuelto en papel dorado.

—¡Pruebe qué delicia, Cloaquita! —dijo ofreciéndoselo.

La ratoncita se lo agradeció y se lo llevó a la boca.

Yo me estremecí.

¿Qué? ¿Le estaba ofreciendo bombones?

¿Quizá los mismos *bombones laxantes* que habían producido en mí un efecto tan trágico?

Decidí heroicamente salvar a la pobre Cloaquita y, de un salto felino, le detuve la mano,



agarré el bombón y se lo metí en la boca a Trampita.

Grité:

—¡**Cómetelo tú** ese bombón laxante, y avergüénzate, subespecie de rata urbícola! **No tú** a pedir la llave del baño esta vez!

Entonces tiré al suelo la caja de bombones y salté encima, aplastándola con rabia hasta destrozarla.



En la sala se hizo un silencio absoluto. Todos, pero todos todos, se volvieron a mirarme aterrizados. Trampita masticó tranquilo el bombón, después eligió otros tres...



y se los lanzó a la boca.

—*iHop, hop, hop!*—murmuró placentero con todos los morros manchados de chocolate.

Entonces proclamó:

—Esta caja de bombones era un regalo de bodas para nuestra querida Cloaquita y nuestro querido primo Virgilio. ¡La había adquirido en la mejor pastelería de Ratonía!

Después bajó la voz y murmuró mientras disimulaba la risa:

—¡Lo que has probado tú, Geronimo, era chocolate de otro tipo!



Desée fundirme. Todos murmuraban:

¿OTRA VEZ ESE STILTON?

-De verdad empieza a exagerar...

-/Es capaz de cualquier cosa por hacerse notar!

-¡A lo mejor es que le falta un tornillo!

-¿Habéis visto qué expresión de pirado tenía mientras aplastaba la caja de bombones?

-Quizá es algún tipo de locura hereditaria. Esperemos que no, puesto que es un pariente...

Noté que Benjamín me apretaba la pata para darme aliento.

Rojo como un tomate, intentando hacerme invisible, me retiré a una esquina, meditando **VENGANZA**.



¡NO PERDÁIS EL APETITO!

Tío Milordo pidió silencio.

Luego inició el discurso:

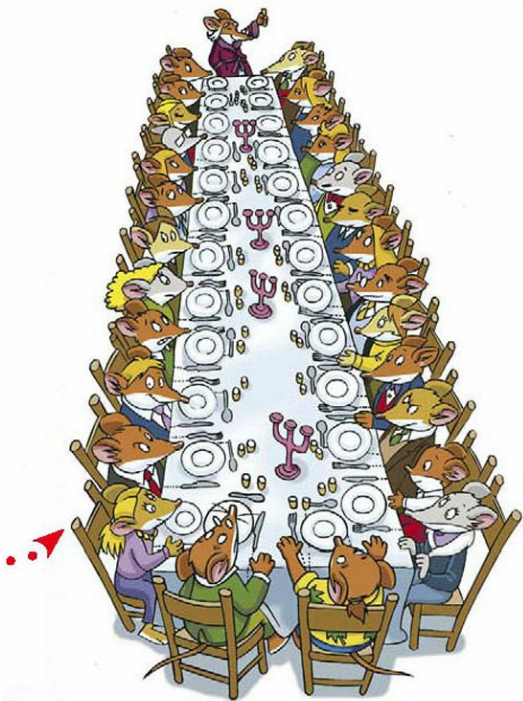
–Queridísimos, y carísimos (¡no sabéis cuánto me costáis!), la ceremonia de bodas se efectuará dentro de tres días. Ahora nos sentaremos a la mesa, pero comeremos ligero, no quisiera que se os quitara el apetito...

Entonces, con un aire solemne, indicó una mesa larguísima.

Todos nosotros, hambrientos, nos precipitamos a sentarnos.

–¡Ya era hora, por fin se come! –dijo mi primo.

Me fijé en que el primo Virgilio trataba a su futura esposa con cierto aire de suficiencia,



—¡Por fin se come!



lo que no me hizo ninguna gracia. La pobre-cita ni siquiera había tenido tiempo de sentarse cuando él la invitó a levantarse de nuevo.

—Querida, ve a servir el aperitivo —le dijo—. Y acuérdate de ponerte el delantal. ¡No querrás mancharte el vestido nuevo! ¡Corre, date prisa, cariño, no hagas esperar a nuestros invitados!

Acto seguido se sentó cómodamente y empezó a parlotear con sus vecinos de mesa.

Cloaquita obedeció, y poco después la vi volver de la cocina vistiendo un delantal **BLANCO** y con una cofia de camarera en la cabeza. Luego empezó a ir de invitado en invitado, ofreciendo con aire resignado el aperitivo (que consistía en vasos de agua del grifo). Me fijé en que todos la ignoraban, como si no la vieran.

Tea, que como yo había asistido a la escena, se indignó:



–Pero ¿cómo se atreve a tratar de ese modo a... sí, cómo se llama... eso, Cloaquita?

Pero ¿quién se cree que es?

También Benjamín defendía a Cloaquita:

–Pobre, no es guapa, pero es tan **amable**...

Mientras, escuchaba los cotilleos de los invitados.

Los comentarios más jugosos de la velada se centraban en mi horrendo

PAPELÓN (¡ah,

pero Trampita me

lo **PAGARÍA**

MUY CARO!)

y en la riqueza de la novia.

–Ah, no se la

puede llamar

rica... es más

que rica...

¡es riquísi-

ma! –murmura-





raba mi vecino de mesa. Oí a otro que chicheaba:

—¿No lo sabes? El padre de Cloaquita era un ratón pobre, pobrísimo. Sin embargo, un día tuvo una idea genial. Descubrió que fermentando la corteza del queso se obtenía un gas

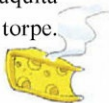
ultra appestoso

pero potentísimo, más potente que el metano. Así hizo su fortuna, inventando este nuevo gas, que llamó **iBIO-GAS!** No sabes lo rico que se hizo.

—Cloaquita es hija única, huérfana, ¡un partido excepcional!

—Aunque es más fea que Picio, no me extraña que Virgilio se case con ella..., solo él sería capaz de hacerlo.

Suspiré, observando a la pobre Cloaquita yendo y viniendo de la mesa, tímida y torpe.





En un momento dado derramó sin querer un vaso de agua y Milordo la reprendió.

—¡No, no, no, así no, querida Cloaquita! ¡Has malgastado un vaso de agua! También el agua cuesta dinero, ¿sabes? Cuando te cases con mi hijo, deberás tomarte en serio lo del ahorro...

Virgilio le puso una pata en el hombro y dijo en tono magnánimo:

—No te preocupes, yo te enseñaré a ahorrar. ¡Verás cuánto se puede ahorrar en casa! Ahorraremos juntos... —añadió en tono soñador. Ella sonrió, pero era una sonrisa triste, forzada.

Has malgastado un vaso de agua. También el agua cuesta dinero, ¿sabes?





¡ASÍ SE PONE LA MESA!

– **-ta,ta-ta,ta-taaaaa...**

–chilló tío Milordo imitando el sonido de una trompeta. Con un gesto solemne hizo una seña a Cloaquita, que trotó por la habitación sujetando una bandeja de plata.

Acto seguido empezó a servir a los invitados.

Hacía rato que me había fijado en el cuadradito de tejido blanco, con un pequeño bordado en el centro, que estaba a la izquierda de mi plato.

–**¿Qué es, un confeti?** –bromeó Tea.

En ese momento reparé en Virgilio, que se pasaba por los labios el cuadradito de tela.

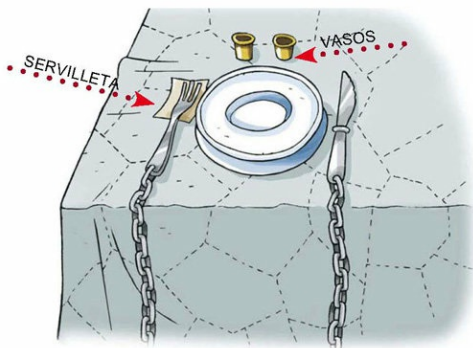


Entonces lo comprendí. ¡Era la servilleta!

Luego traté de coger el cuchillo, pero vi que cada cubierto (de plata) estaba unido a una cadena sujeta bajo la mesa.

Los vasos eran pequeños dedales dorados, tan diminutos que apenas podían contener una gota de agua.

El mantel, de lejos, parecía bordado, pero de





cerca se veía que estaba formado por pequeños retales de ropa cosidos unos a otros.
En la mesa reinaba el silencio, solo se oían los





retortijones del estómago de Trampita, que no podía más de hambre...

Nadie se esforzaba por entablar conversación, todos los invitados miraban desconsolados sus platos vacíos.

Cuando al fin tío Milordo anunció que servirían los entrantes, se oyó un estruendo de satisfacción.

Con un tintineo de cadenitas todo el mundo empuñó su tenedor y se relamió los bigotes.

—¡Yupi, por fin se come! —exclamó Benjamín.

—¡Espera, espera, sobrino! No conoces a tío Milordo... No me lo creeré hasta que le hinqe el diente... —murmuró Trampita con aire de filósofo.

Sólo se oían los retortijones del estómago de Trampita



CÁSCARAS DE PLÁTANO AL HORNO



–Como entrante, ¡**una** lenteja rellena! –dijo satisfecho Milordo mientras Virgilio, a su derecha, asentía frotándose las patas. Observé mi plato, incrédulo.

Tea gruñó:

–Se dice rápido eso de rellena... ¡para comprobar que está rellena necesitaría el microscopio!

Cloaquita, con expresión resignada, dio otra vuelta a la mesa poniendo en cada plato un cuenquito.

–Consumé de huesos de aceituna... –gritó Milordo con voz cada vez **más alta**.

De segundo, **una** rodaja de guisante hervido.



De acompañamiento, *una* judía guisada. Y también hay postre: ¡*una* cáscara de plátano al horno! –añadió, generoso.

Nos levantamos de la mesa cinco minutos después de habernos sentado.

**FUE UN ALMUERZO
RÁPIDO, MUY RÁPIDO...**

Y sobre todo muy ligero, ¡hasta demasiado!

–¿Alguien quiere un buen vaso de agua caliente, para digerir mejor? –preguntaba con premura tío Milordo, caminando entre los invitados.

Pero nadie parecía sentir la necesidad.



UN REGALO ATREVIDO

Benjamín me tiró de la chaqueta.

–Tío Geronimo, ¿puedo darle mi regalo a Cloaquita? ¿Puedo? –preguntaba con insistencia.



Y le entregó el paquetito con timidez.

Ella lo abrió, y le impresionó tanto que se le humedecieron los ojos.

Abrazó a Benjamín y le dio un beso en la punta del hocico.

Tea le dio a la novia una lujosa caja que llevaba escrito:

Lencería fina



Cloaquita la abrió y su rostro **enrojeció** hasta la punta de los bigotes. Lleno de curiosidad, eché un vistazo dentro de la caja: contenía una combinación de seda escotada y cortísima estampada de piel de leopardo; ¡atrevida, muy atrevida!





Virgilio tosió:

—Ejem, querida prima Tea, no podías saberlo, pero nuestra Clo no lleva cierta indumentaria... ¡Ella es de gustos sencillos!

«Clo» lanzó una mirada de añoranza a la combinación.

Virgilio, dándose aires de importancia, continuó:

—Si no te molesta, querida prima Tea, cuando vaya a Ratonía cambiaré la combinación por algo más práctico: no sé..., calzones de lana, o quizá —se iluminó con un gesto inspirado— un bello camisón largo hasta los pies, de lana gruesa... ¡Aquí en el castillo hace frío por las noches! Porque nosotros, naturalmente, ¡no encendemos nunca la calefacción!

Cloaquita, resignada, dobló con cuidado la combinación de seda y la colocó de nuevo en su caja.

Entonces, yo le entregué mi regalo: un portaqueos de **oro macizo**, adquirido en



la tienda más prestigiosa de toda Ratonía. Una luz codiciosa hizo brillar los ojos de Virgilio.

**—¡GRACIAS, GRACIAS,
PRIMO STILTON!**

—exclamó, pero por cómo había abierto el regalo, con cuidado y sin deshacer el lazo, intuí que planeaba reciclarlo.





Fijándome un poco vi muchos regalos de boda que solo se podrían definir como **MORRENDOS**: una estatua de cristal con forma de ratón alado, con una bombilla en el interior... Cuando la lámpara se **ENCENDÍA**, el ratón agitaba las alas, y al mismo tiempo sonaban en un carillón las primeras siete notas del himno nacional de Ratonia; una tapa de váter de plata maciza con las ini-





ciales de los novios grabadas en la superficie;
una góndola a cuerda con un gondolero que
remaba a ritmo de vals, totalmente inútil;
una colección de vasos antiguos (y rotos);
una escobilla de váter, de plata chapada en
oro, con un difusor de perfume incorpora-
do, que hacía conjunto con un rollo de papel
higiénico de pergamino envejecido extralujo,
¡para mirar pero no tocar!





EL FAMOSO TÍO PEDORRETA

Por fin, contemplados los regalos, entramos en el salón. Un enorme sofá de **ocho**, no, **diez**, o quizá **doce** plazas, presidía la habitación. Estaba forrado de terciopelo amarillo queso que en algún momento de su pasado fue muy valioso, pero que ahora se había consumido por el exceso de uso.

Además, estaba pringado de manchas de suciedad añejas de todo tipo.

Por eso, antes que en el sofá, preferí sentarme en una silla acolchada.

Pero apenas había apoyado el trasero en la silla cuando se oyó un ruido inconfundible.

PRRRRRRRRR... PRRRRR



Enrojecí y brinqué en el aire.

En el salón se hizo un silencio sobrecogedor.

Todos, pero todos todos, miraron hacia mí con curiosidad morbosa.

Yo le dije a mi primo a voz en grito:

-¡Esta vez te has pasado!

»¡Voy a pulverizarte! ¡Solo un botarate, una rata de alcantarilla, una subespecie de cloaca puede hacer ese tipo de bromas!

De un salto intenté atraparlo, pero él, en una milésima de segundo, saltó sobre el piano, lejos de mi alcance, y desde allí arriba exclamó:
-¡Geronimo, esta vez no he sido yo!



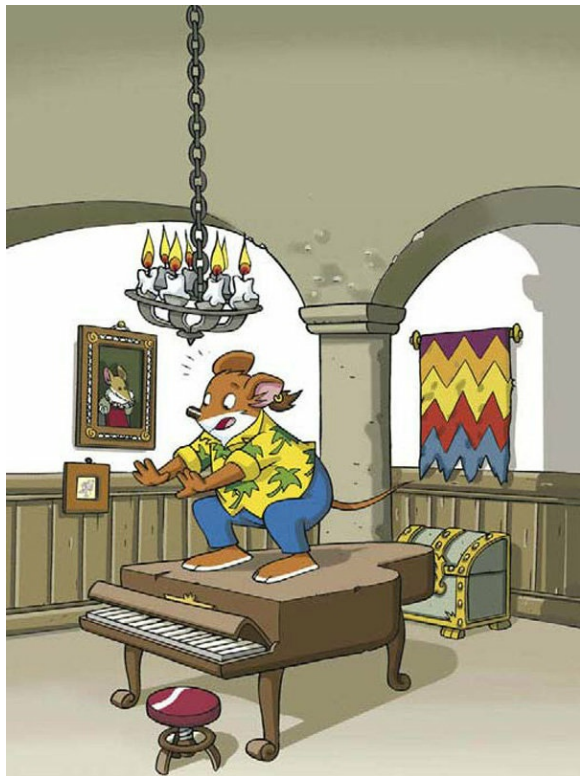
Oí una risita a mi espalda, y luego alguien me susurró al oído:

—¡He sido yo, sobrino! ¿Te ha gustado la broma?

Me volví enfurecido y vi a tío Pedorreta.

¡Ay de mí!, recordé demasiado tarde por qué lo llaman así...





-¡Geronimo, esta vez no he sido yo!



PARIENTES CERCANOS Y LEJANOS

Tío Pedorreta sacó de debajo del cojín de la silla un **globo rojo** y lo agitó en el aire. Luego me dio palmadas con la pata en el hombro.

–¡Muy bien, Geronimo, me hacía falta una víctima para mis bromas! ¡Je, je, jeee!

–Ejem, divertido, tío, muy divertido –farfullé ruborizado mientras todo el mundo se reía a mis espaldas.

Junto a tío Pedorreta habían llegado muchos más parientes que no veía desde hacía bastante tiempo.

–Tía Margarina, ¿cómo estás? –exclamé abrazando a una tía mía lejana que era pastelera.



Tía Margarina siempre había sido mi preferida: olía a vainilla, y cuando era pequeño la iba a ver de buena gana porque siempre me regalaba magdalenas al triple chocolate, que eran mi verdadera pasión. Ella me abrazó con fuerza.

¡Sí, todavía olía a vainilla!



Tía Margarina

El perfume me hizo retroceder en el tiempo y por un instante pensé que iba a sacar del bolso una magdalena al triple chocolate.

Tía Margarina sonrió, abrió su bolso y, efectivamente, sacó una magdalena.



Cremita y Cremosa eran gemelas...



–¡Para ti, Geronimo! –dijo afectuosamente. Tras tía Margarina estaba tío Requesón. Junto a ellos había dos ratoncitas gemelas, vestidas con un tutú **amarillo queso**.

–¡Qué monas! ¿Quiénes son? –pregunté acariciándoles las orejas.

–Son mis sobrinas, Cremita y Cremosa –respondió tía Margarina con orgullo.

–*¡Hola, tío Geronimo!* –me saludaron las gemelas con una reverencia sincronizada. Después se fijaron en Benjamín y se echaron a reír.

–¡Benjamín, ve a jugar con ellas! –lo animé, pero se puso colorado.

También estaba Arterio, un tío mío terriblemente hipocondríaco, que siempre se imaginaba que padecía todas las enfermedades del mundo.

–¿Cómo estás, tío Arterio? –pregunté estrechándole la pata.



—¿Por qué me preguntas cómo estoy? ¿Me encuentras pálido? —respondió preocupado. En seguida se sacó del bolsillo un pañuelito desinfectante y se limpió la pata a conciencia.

Tras los invitados estaba también Ratistóles, profesor de filosofía, el ratón más aburrido que había conocido nunca. Era capaz de hablar durante una hora sin decir absolutamente nada, y era más eficaz que un somnífero:

TE DORMÍA INSTANTÁNEAMENTE.



¡ESTO SÍ QUE ES AHORRO!

Pasé una noche tremenda.

Hacía un **FRIÓ FELINO** (el fuego de la chimenea era falso, como ya os he contado) y, para colmo, por las ventanas entraba aire helado a todo trapo.

Me remetí bajo la manta remendada completamente vestido, con el abrigo incluido.

Además, tenía el estómago tan vacío que me revolvi en la cama durante horas antes de poder dormirme.

¡ESTO SÍ QUE



ES AHORRO!

Ah, por cierto: quizá no os lo he dicho aún, pero en la cama faltaba el colchón.



Tío Milordo se había justificado diciendo que dormir sobre un jergón es bueno para la espalda...

A las cinco de la madrugada nos despertó la voz de mi tío, que gritaba desde el jardín con un megáfono:

—¡Levantaos, queridos parientes!

*¡A quien madruga
Dios le ayuda!*

—¡Menos mal que la boda es pasado mañana y después podremos marcharnos! —balbuceó Trampita, tapándose con la manta hasta el hocico—. ¡Llamadme solo cuando esté listo el desayuno! ¡Bueno, solo **si hay** desayuno!



Bajamos a la cocina.

Tío Milordo estaba explicándole a Cloaquita cómo se reciclan las bolsitas de té.

—Todo es cuestión de pulso, querida. Hay que sumergir la bolsita de té en la taza de agua caliente durante un instante, solo un instante, y después sacarla con rapidez. **¡ZAS!** ¡Así!

Verás, querida, con este sistema las bolsitas de té pueden durar años. ¡Ah, ahorrar es un arte, sí, todo un arte! ¡Y ante ti tienes a un maestro!

Cloaquita mostraba una extraña expresión en el hocico. No llegué a entender qué pensaba exactamente.



¡ESTO SÍ QUE



ES AHORRO!

Mientras tanto, tío Milordo vigilaba a todo pariente que merodeaba hambriento por la cocina.



—En seguida estará listo el desayuno: una deliciosa y sabrosa miga de pan (¡de este año, eh! Solo lo mejor para mis queridos parientes), ¡pero sin mantequilla, por supuesto! Que la mantequilla hace daño. Sube el nivel de colesterol. Y tú, Tea, por favor, ¡deja ese tarrito de mermelada de fresas!

Me asombras: *no* querrás por casualidad

ENGORDAR

con todas esas calorías, ¿eh? En cualquier caso, el tarrito de mermelada está sobre ese estante solo a efectos decorativos. Tiene una etiqueta preciosa, ¿no es cierto?



EL MÍTICO BISABUELO ASTOLFO

Sentado a la mesa de la cocina, tío Milordo se dejó invadir por los recuerdos.

—¡Ah, qué bien, queridos parientes, teneros aquí a todos juntos! Aunque me cueste, sí, **me cuesta**, pero no importa,



¡es bonito estar todos juntos! Eso me recuerda mucho a aquellas reuniones familiares cuando aún estaba el bisabuelo, el mítico bisabuelo Astolfo Patasabajo, ¡un ejemplo para todos nosotros! Ah, él sí que sabía ahorrar... —En ese instante, Milordo se secó una **LAGRIMUCHA** con gesto emocionado.

»Pensad que cuando Astolfo hablaba, no pronunciaba la doble erre, ¡para ahorrar el aliento! Es de él de quien he aprendido,



aunque yo solo soy un aficionado en comparación con el ahorro que él conseguía hacer.

Era un artista, un verdadero artista del ahorro...



Astolfo Patasabajo

En ese momento entró en la cocina tía Margarina.

—¡Querido Milor-do, quería decirte que el agua caliente no funciona !

—¡Ah, queridísima, cuánto lo siento! Y pensar que el calentador funcionaba a la perfección hasta que llegasteis.



¡Qué pena, qué pena, qué pena! –dijo, pero yo le noté un **DESTELLO** de malicia en la mirada mientras se frotaba las patas con satisfacción.

Tía Margarina y el resto de los invitados tuvieron que resignarse.

–Pues si no hay agua caliente renunciaré a lavarme. **¡HACE DEMASIADO FRÍO!** –dijo Trampita.

Tío Milordo asintió con premura.

–¡Eso mismo, sabia decisión, querido sobrino Trampita, no te laves! Ejem, quién sabe cuánta agua caliente hubieses gastado...

Tea, mientras, se dirigió despacito despacito hacia una esquina de la cocina, donde estaba bien visible un panel de interruptores eléctricos.

Merodeó durante unos minutos, y entonces chilló, triunfante:

–Tío Milordo, el calentador no está roto, **¡SÓLO ESTÁ DESCONECTADO!**



Tío Milordo **se sobresaltó**:

—¡Oh, ejem, querida sobrina, qué inteligente eres! Bueno, bueno... Pero ¿¿¿quién habrá sido??? ¡Vaya broma de mal gusto!

Tea lo observó con expresión maliciosa, y después exclamó dirigiéndose al resto de parientes:

—En el fondo no importa quién haya sido. Lo importante ahora es:

¡ duchas calientes, agua hirviendo para todos, a voluntad!

Al grito de *duchas calientes para todos*, tío Milordo palideció, es más, el pelaje se le volvió blanquecino y se vio obligado a tomar asiento.

Abatido en la silla gemía:

—¡Dadme aire, dadme aire! ¿Dónde están las sales? Traedme las sales, rápido,

¡QUE ME SIENTO DESVANECER!



SOPA DE MEJILLONES AL NATURAL

Después del desayuno tío Milordo intentó distraernos ocupándonos con actividades varias para evitar tener que ofrecernos el almuerzo. Así que a eso de las cuatro de la tarde estábamos todos muertos de hambre.

Trampita, que como de costumbre iba metiendo los hocicos por doquier, encontró un pedazo de queso que pa-

recía de verdad y le dio un mordisco, pero se melló un incisivo.



¡ERA DE MÁRMOL!



A las nueve de la noche nos reunimos todos en torno a la mesa del comedor.

Oí a tío Pedorreta que murmuraba:

–¡Si no nos prepara algo para hincarle el diente, juro que me voy!

¡Y me llevo también el regalo de bodas!

Probablemente, Milordo oyó el comentario, porque llegó a la sala con expresión mortificada y empezó a decir:



–Queridos parientes, ya habréis notado que no navego en la abundancia. Ya no tengo, desafortunadamente, el patrimonio que una vez tuve, y me veo obligado a ahorrar. ¡Ah, cuánto me gustaría poder despilfarrar, gastar y derrochar a diestra y siniestra, por aquí y por allí, para ofreceros lo mejor! –Se detuvo para tomar aliento y para observar con los ojillos entrecerrados el efecto de sus palabras sobre nosotros.



Entonces continuó:

—Por eso, pasado mañana no daremos un banquete de bodas, ni siquiera un refresco de bodas... Además, ¿quién quiere un refresco, con el **fresco** que hace aquí? ¡Je, je, jee! —rió intentando arrancarnos una sonrisa—. Así, pasado mañana nuestros queridos Virgilio y Cloaquita se casarán a las seis de la mañana (¡en ayunas, como todos vosotros! A aquellas horas no se tiene hambre, ¿no es cierto?), a las seis y cuarto ya podréis volver a vuestras casas, no os retendré, porque para algunos de vosotros el viaje será largo... ¿Estáis contentos?

Siguió un largo silencio.

Luego Trampita estalló:

—Tío Milordo, noto cierta languidez en el estómago, o sea, tengo un hambre descomunal, ¿qué comeremos para cenar?

Él contestó con aire soberbio:



—Para la cena he querido hacer un extra. Os serviré, mejor dicho, nuestra querida Cloa-quita os servirá una *excelente, nutritiva y caliente sopa de mejillones al natural*. Mejillones de la mejor calidad. No dábamos crédito a nuestros oídos:

¿Había tenido Tío Milordo un súbito ataque de generosidad?

En cuanto la sopa de mejillones llegó a la mesa, la devoramos en pocos minutos. Luego, al fin saciados, nos fuimos a dormir.





EL FANTASMA DEL CASTILLO

Aquella noche me desperté con un inquietante gorgoteo en el estómago.

¡Los millónes!

¡No había digerido los millónes!

Decidí bajar a la cocina a tomar algo caliente, una manzanilla, por ejemplo; siempre que encontrase una bolsita *nueva*, claro. Me horrorizaban las bolsitas recicladas de tío Milordo.

Me arropé bien (en el castillo hacía una *temperatura polar*) y salí en silencio hacia la escalera.



Entonces me detuve.

Había oído un ruido.

Un ruido metálico.

Distinguí una luz procedente de la escalera que llevaba a la torre más alta del castillo.

Luego, de nuevo, ¡el ruido metálico!

¿Y si fuese un fantasma arrastrando sus pesadas cadenas siglo tras siglo?

Tenía miedo, pero también sentía curiosidad, mucha curiosidad por descubrir algo más.

Así, abrí despacio la puerta que llevaba a la torre, para que no crujiese y subí lentamente unos escalones. Luego subí unos cuantos más, para oír mejor..., después miré por la cerradura y...

¡por fin lo entendía todo!

Vi a mi tío Milordo contando en voz alta. Contaba monedas de oro, apilándolas unas sobre otras.

... mil doscientas tres...

... mil doscientas cuatro...

... mil doscientas cinco...

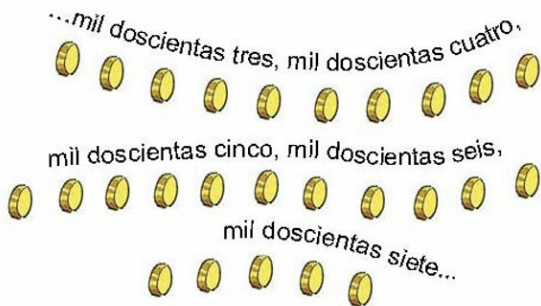


Tío Milordo contaba monedas de oro...



Cuando un montón estaba completo, metía las monedas en una bolsita de cuero y comenzaba a contar otro puñado de monedas de oro, extraídas de un cofre que se encontraba encima de la mesa situada a su lado.

—... MIL DOSCIENTAS TRES, MIL DOSCIENTAS CUATRO, MIL DOSCIENTAS CINCO... —contaba en voz baja, con los ojos que brillaban de pura avaricia. En aquel momento se abrió una puerta tras él.





¡DESDE HOY, NOS APRETAMOS EL CINTURÓN!

Por la puerta entró Virgilio.

Milordo le dijo:

—¿Ves cuántas monedas de oro, hijo mío? Serán todas tuyas. ¡Pero debes prometerme no gastarlas, nunca, por ningún motivo!

Virgilio se llevó una pata al **corazón:**

—¡Lo prometo! ¡Por ningún motivo! ¡De todos modos, aquí en Roca Tacaña no tendré siquiera la tentación: no hay nada que comprar en los alrededores!

—¡Buen chico, se nota que te pareces a mí!

—dijo Milordo—. Por cierto, hará falta soltarle un buen discursito a Cloaquita, explicarle bien cómo se ahorra. Hasta hoy, con este lío



de los parientes y los festejos, se ha derrochado demasiado en esta casa. ¡De ahora en adelante nos apretaremos EL CINTURÓN! ¡Y en serio! —añadió en tono solemne.

Volví a mi habitación y vi que los demás también estaban despiertos. Todos tenían un enorme dolor de tripa...

—¿A que no sabes de dónde salían los mejillones? —soltó Trampita—. *¡Del foso del castillo!*

»Tú tampoco has podido digerirlos ¿eh? Lo sabía, ¡nos han envenenado! —proclamó a continuación en tono dramático.

Tea propuso un paseo al aire libre, para ayudar a hacer la digestión.

Así nos encaminamos hacia la torre del castillo.



PERO ¿QUIÉN TE OBLIGA?

Mientras paseábamos oímos a alguien que **LLORABA**. Después vimos una figura acurrucada en un rincón. Era Cloaquita.

Nos acercamos con rapidez.

–¿Qué te pasa? ¿No estás contenta? ¡Te casas pasado mañana! –le dijo Trampita para consolarla.

–Humm, quizá sea ese el problema –dijo Tea con aire entendido.

Benjamín le tendió un pañuelo.

–No te preocupes, verás como todo saldrá bien. ¡Yo estaré a tu lado, ya verás!

Cloaquita lloraba:

–Virgilio me acaba de decir que gasto demasiado...









Tea pareció reflexionar, y luego dijo:
—¿Quieres un consejo? ¡Dale plantón! Ese tipo, Virgilio, no te merece. ¿Qué esperas de alguien que a los veinte años ya parece momificado? ¿De alguien que es más lento que un caracol con artritis? ¿De un tipo, o sea, un ratón que no ha tenido por ti ni el más mínimo detalle romántico? Hazme caso, querida, ¡dale plantón! ¡Encontrarás cien mil mejores que él!

Clo ^{sorbió} ruidosamente.

—Ah, Tea, para ti es fácil hablar así. Tú eres **fascinante**, eres **guapa**, eres **simpática**, eres **BRILLANTE**, siempre sabes decir lo justo en el momento adecuado. Yo soy fea, tímida, torpe. Y no he tenido nunca a nadie que me ayudase a tener confianza en mí misma. Estoy sola en el mundo, solo tengo montones de **dinero**, ¡pero no tengo una familia que me quiera!



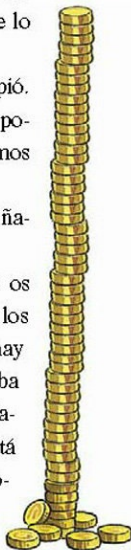
—Ah, si es por eso —dijo Trampita como si quisiera consolarla—, si es por eso, créeme, ¡a veces es mejor no tener familia! Por ejemplo, tener un primo como Geronimo, te lo garantizo, es algo que...

Yo iba a protestar pero Tea me interrumpió.

—¡Vosotros dos, basta, callaos! ¿No podéis dejar de pelearos un rato? ¡Debemos ayudar a Clo!

Ella aún sollozó un poquito, y luego añadió:

—Incluso cuando os peleáis se ve que os queréis. Se nota que os preocupáis los unos de los otros. ¡Yo estoy sola, no hay nadie que se preocupe por mí! Esperaba que Virgilio me quisiese, pero desgraciadamente he comprendido que solo está interesado en mi dinero. De todos modos, si él no se casa conmigo, no lo hará nadie más.





LA REVANCHA DE CLOAQUITA

Cloaquita continuó:

–Soy fea y, peor aún, ¡soy insignificante!
Nadie me hace caso. Nadie –y aquí sollozó–,
nadie se acuerda nunca de mí. ¡Es como si
fuese invisible!

¡Transparente!

Trampita le puso una pata en el hombro.

–No digas eso. No estás tan mal... ¡las hay
mucho peores! Bueno, también las hay mejo-
res, cierto...

Tea resopló.

–**¡Estáto calladito, tía**, que no entiendes nada!

–Luego acompañó a Cloaquita frente al espe-
jo-. HUMMM... –murmuró-. ¡A ver!

Le quitó las gafas con delicadeza mientras





Cloaquita entrecerraba los ojos.

Tea la examinó de la cabeza a los pies:

–En primer lugar, ¡se acabaron las gafas! Las lentes de contacto resaltarán tus ojos, que son de un bello color **VERDE ESMERALDA...**

Mi hermana continuó:

–Luego cambiaremos el color del pelaje: lo teñiremos de un precioso color **RUBIO**



MIEL. Propongo un mechón de rizos sobre la oreja derecha... Y además, ¡desde ahora llevarás minifalda! ¡Pero del color adecuado! Debes vestirme de

ROJO, el color de la feminidad, o quizá de verde esmeralda, el color de tus ojos...

¡El único color que debes evitar es el **GRIS RATA!** –exclamó Tea.

Después abrió el armario de Cloaquita y descubrió un desfile de vestidos grises.

–Gris perla, gris humo, gris oscuro, gris...

¡BASTA DE GRIS! –le gritó en la oreja.



Cloaquita balbuceó:

—Ejem, de acuerdo, vaya, perfecto... ¡confío en ti!

—**¡Fantástico!** Entonces, en primer lugar ¡deshagámonos de estos trapos! —exclamó Tea sacando todos los vestidos del armario y arrojándolos por la ventana—. ¡Y esto es solo el principio!

¡Ya veréis, queridos, cuando acabe no daréis crédito a vuestros propios ojos!

Después nos empujó hacia la puerta:

¡Fuera! ¡Dejadme trabajar! ¡Os lo he dicho, no la reconoceréis cuando haya acabado mi *súper tratamiento*!



UNA SONRISA PETRIFICADA

Al día siguiente, las vi salir en moto y dirigirse hacia la carretera que llevaba a la ciudad. Pasó gran parte del día, y solo fue hacia las ocho de la tarde cuando vi que volvían, cargadas, supercargadas de paquetes, paquetitos





y paquetones, con las *firmas* de las tiendas más exclusivas.

Ambas se precipitaron escaleras arriba y por eso no llegué a ver a Cloaquita: ¿realmente estaría tan cambiada?

Virgilio, con una sonrisa maliciosa, intentó alcanzarla para hacer las paces. Ella no se dignó ni a mirarlo y siguió a Tea hasta su habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Virgilio se quedó con una sonrisa petrificada en el rostro.





UNA RATONCITA FASCINANTE

Eran cerca de las nueve y media cuando, saliendo de mi habitación, oí abrirse la puerta del cuarto de Tea. Por un instante no supe distinguir quién se asomaba tímidamente por la puerta.



No era Tea, seguro.

Pero tampoco era Cloaquita.

Me quité las gafas y las limpié con el pañuelo para ver mejor.

¿CÓMO ERA POSIBLE?

Ante mí vi a una ratoncita fascinante.

El **pelaje rubio** estaba rizado de una manera atractiva, unos **ojos verdes** bajo unas largas pestañas brillaban en una mirada lánguida, el vestido tenía un escote provocador y el



atrevido corte de la falda resaltaba su bonita figura esbelta. La ratoncita dio un par de pasos titubeantes y después murmuró:

—Ejem, ¿qué te parezco, Geronimo?

Yo me atraganté de repente, y estaba por decirle que era bella como una visión celestial cuando Trampita le gritó a Tea:

—¿Quién es esta muñeca espectacular? ¿Una amiga tuya? ¿Por qué la has tenido escondida hasta ahora?

Tea se rió:

—Pero ¿cómo? ¿No la reconocéis?

Es Cloaquita, mi obra maestra!
¿Habéis visto qué cambio?

Todavía no había acabado la frase cuando Trampita se adelantó como un rayo y se plantó de rodillas ante Cloaquita con una rosa roja entre los dientes.



—Eres arrebatadora, fascinante, absolutamente embriagadora... ¿qué haces esta noche, encanto?

Ella se ruborizó: todavía no estaba acostumbrada a todos esos piropos.

Tea se dirigió a mi primo:

—¡Quítate de entre las patas! ¡No empieces a galantear como sueles hacer!

Después se dirigió a su amiga:

—Recuérdame que te dé una breve lección sobre las técnicas de poner en su sitio a los admiradores listillos. ¡Tendrás que acostumbrarte!





Clo sonrió tímidamente.

En ese momento hasta yo me animé:

—Ejem, querida Cloaquita, ¿qué te parecería acompañarme a la inauguración de la exposición de Ratinsky, la semana que viene? Para mí sería un honor ir contigo.

Tea intervino con decisión:

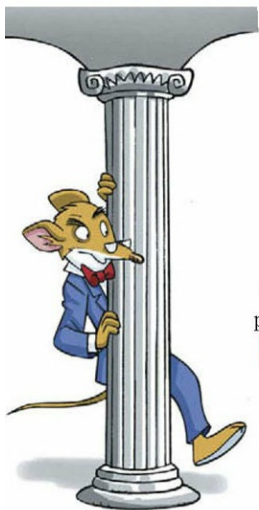
—Ah no, hermanito, ¡Cloaquita está **ocupadísima**!

Lo siento, pero para la semana que viene su agenda está repleta... Y además, sinceramente, creo que a su lado debería estar un ratón distinto, más *dinámico*, más *despierto*... ¡totalmente distinto a ti y al **botarate** de su prometido!





¡IRÉ YO SOLA!



Virgilio estaba apostado tras una columna, en el salón. Estaba claro que nos estaba esperando.

Cuando vio llegar a Cloa-
quita se le cayó la man-
díbula de puro estupor.

–Pero tú..., pero yo...,
quería decirte..., o sea...,
pero cómo... pero ¿cuánto
ha costado? –far-
fulló al fin.

Ella se ruborizó, pero
en seguida dijo con
tono decidido:



—Virgilio, he decidido romper nuestro compromiso. Lo siento, pero creo que será lo mejor para los dos.

A Virgilio le entró hipo:

—Clo, Cloaquita mía, no digas eso... Piensa en todo lo que pierdes, a lo que renuncias. Piensa en aquellas tardes románticas en el castillo, tú y yo juntos...

—**¡PUES POR ESO!**—gritó ella—. ¡No soporto volver a pasar una sola tarde contigo! Me aburres, me deprimes, me das ganas de dormir, estoy más que harta de ti y de esta vida tan **gris**! ¡He llegado a la conclusión de que me merezco algo mucho mejor! ¡Y menos mal que he encontrado a una amiga de verdad, mi querida Tea, que me ha abierto los ojos antes de que fuese demasiado tarde!



Tea sonrió halagada y después miró a Virgilio con aires de suficiencia.

—Querido Virgilio, creo que Clo está pensando en *algo muy distinto*: fiestas, recepciones, bailes de gala, vacaciones, viajes a tierras lejanas y exóticas...

Virgilio palideció.

—¿Fiestas? ¿Bailes? ¿Vacaciones? ¡Pero todo eso costará un montón de dinero!

La *ex* prometida sonrió con malicia.



—No te preocupes por el dinero, querido... soy rica, como tú bien sabes.

Y además, para ahorrar... ¡¡¡Iré yo sola!!!





SALIDA HACIA LA GRAN CIUDAD

Nos dirigimos hacia la salida del castillo, listos para volver a Ratonía.

Clo nos saludó emocionada, abrazándonos.

Trampita aprovechó para susurrarle:

–Nena, si quieres pasártelo bien ¡vente conmigo! Te haré descubrir la vida nocturna de Ratonía. Todos los restaurantes y las discotecas de moda..., conciertos de pop y rock..., ¡verás cómo te gusta! ¡Te presentaré a mis amigos, son divertidísimos, les encanta la parranda!

Yo carra, p e é.

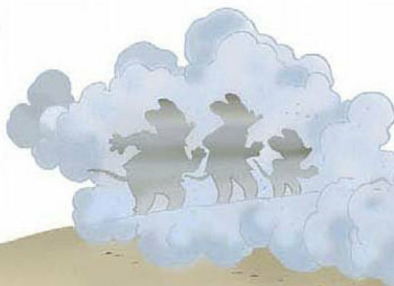
–Ejem, Trampita, tus amigos son divertidos, sí, pero un poco raros. Clo, en mi opi-



nión, deberías buscar a *un ratón distinguido*. Si quieres, yo te puedo presentar a roedores de verdad: en el club de tenis, en el club de golf, en la ópera, en los conciertos de música clásica...

Tea rió con malicia.

—¿Otra vez? Pero ¿es que aún no lo habéis comprendido? Cloaquita, confía en mí. Yo me ocuparé de presentarte a los ratones apropiados: puedo asegurarte que mis ami-



pero ¿es que aún no lo habéis comprendido?



gos son de lo mejor de Ratonía. Buena gente, pero no aburridos: ratones interesantes, ¡los únicos que les gustan a las chicas listas como nosotras!

Clo sonrió, pareció reflexionar durante un instante, y luego de un salto se *subió* a la moto y las dos partieron en dirección a Ratonía, dejándonos a Trampita, a Benjamín y a mí con un palmo de narices, envueltos en una *nube de polvo*.





LA FOTO DE RECUERDO

De vuelta a Ratonía hice revelar **LAS FOTOS** que habíamos sacado el día anterior a la boda, es decir, el día de la ruptura del compromiso entre Virgilio y Cloaquita.

Allí estaban tío Milordo, Virgilio, tía Margarina, tío Requesón, tío Pedorreta... Recordé cómo era Cloaquita con las gafas y aquel horrible vestido gris rata, antes del tratamiento de Tea... ¡Algo increíble al verla ahora!



En Ratonía ya había hecho estragos entre los roedores, todos la invitaban aquí y allá, no paraban de telefonarla, le enviaban camiones de rosas rojas y enormes cajas de bombones...

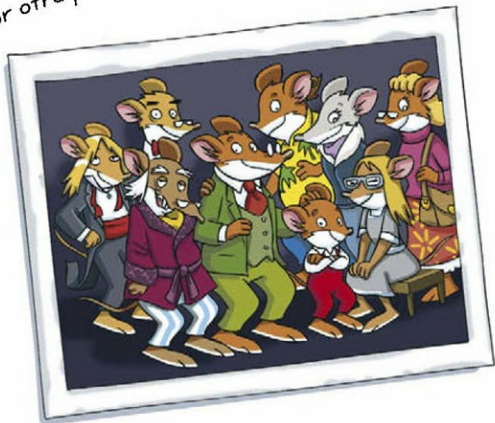


Sonreí recordando nuestra estancia en Roca

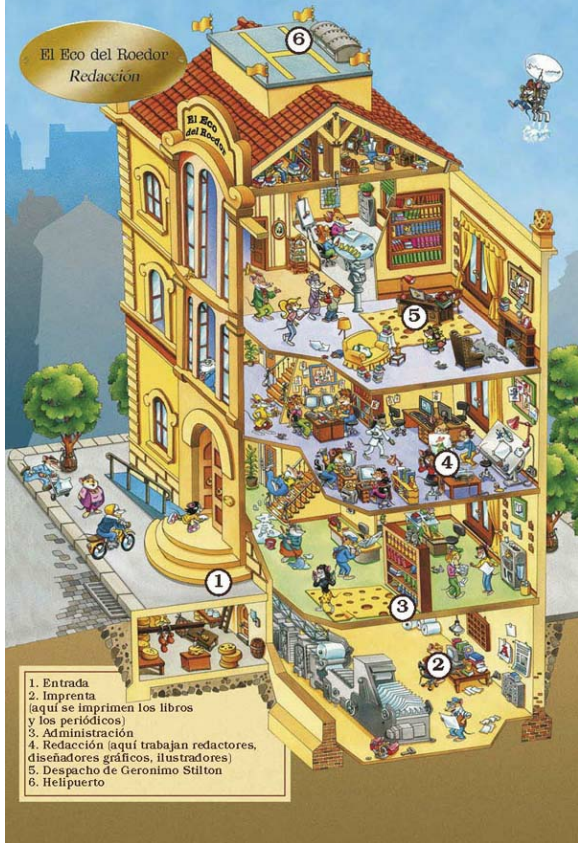


Tacaña: no sé cómo será vuestra familia, pero la nuestra es realmente extraña y divertida.

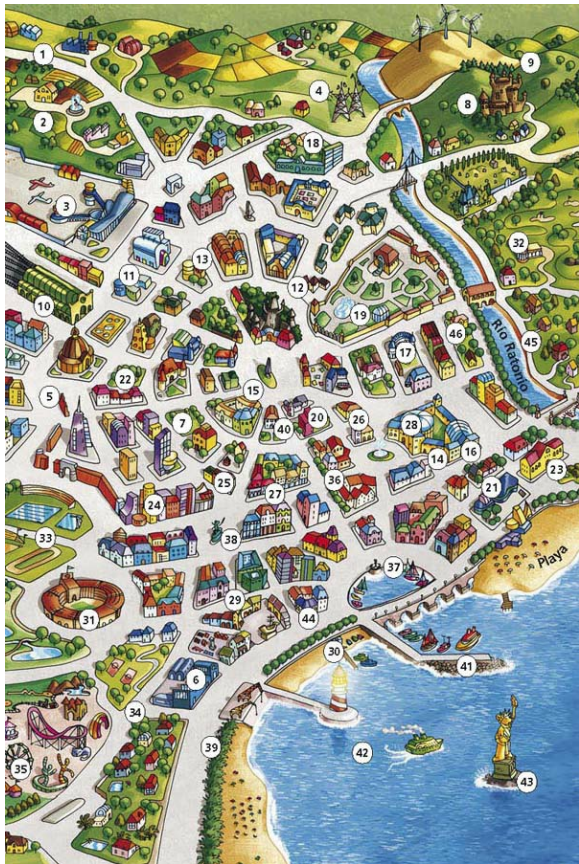
Por otra parte, todas las familias lo son... ¿o no?



El Eco del Roedor
Redacción

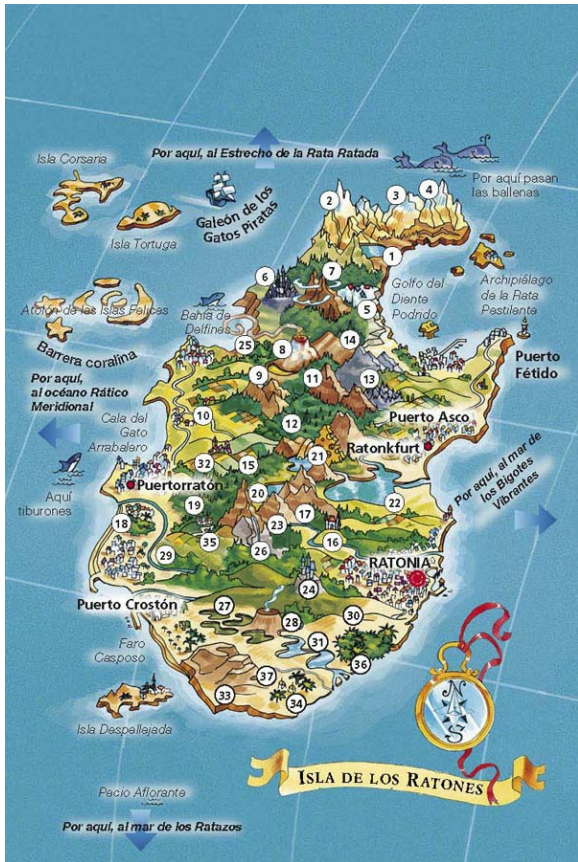


1. Entrada
2. Imprenta
(aquí se imprimen los libros
y los periódicos)
3. Administración
4. Redacción (aquí trabajan redactores,
diseñadores gráficos, ilustradores)
5. Despacho de Geronimo Stilton
6. Helipuerto



Ratonia, la Ciudad de los Ratones

1. Zona industrial de Ratonia
2. Fábricas de queso
3. Aeropuerto
4. Radio y televisión
5. Mercado del Queso
6. Mercado del Pescado
7. Ayuntamiento
8. Castillo de Morrofinolis
9. Las siete colinas de Ratonia
10. Estación de Ferrocarril
11. Centro comercial
12. Cine
13. Gimnasio
14. Sala de conciertos
15. Plaza de la Piedra Cantarina
16. Teatro Fetuchini
17. Gran Hotel
18. Hospital
19. Jardín Botánico
20. Bazar de la Pulga Coja
21. Casa de tía Lupa y Benjamín
22. Museo de Arte Moderno
23. Universidad y Biblioteca
24. «La Gaceta del Ratón»
25. «El Eco del Roedor»
26. Casa de Trampita
27. Barrio de la Moda
28. Restaurante El Queso de Oro
29. Centro de Protección del Mar y del Medio Ambiente
30. Capitanía
31. Estadio
32. Campo de golf
33. Piscina
34. Canchas de tenis
35. Parque de atracciones
36. Casa de Geronimo
37. Barrio de los anticuarios
38. Librería
39. Astilleros
40. Casa de Tea
41. Puerto
42. Faro
43. Estatua de la Libertad
44. Oficina de Metomentodo Quesoso
45. Casa de Patty Spring
46. Casa del abuelo Torcuato



La Isla de los Ratones

1. Gran Lago Helado
2. Pico del Pelaje Helado
3. Pico Vayapedazodeglaciar
4. Pico Quetepelasdefrío
5. Ratikistán
6. Transratonia
7. Pico Vampiro
8. Volcán Ratífero
9. Lago Sulfuroso
10. Paso del Gatocansado
11. Pico Apestoso
12. Bosque Oscuro
13. Valle Misterioso
14. Pico Escalofrioso
15. Paso de la Línea de Sombra
16. Roca Tacaña
17. Parque Nacional para la
Defensa de la Naturaleza
18. Las Ratonerías Marinas
19. Bosque de los Fósiles
20. Lago Lago
21. Lago Lagolago
22. Lago Lagolagolago
23. Roca Tapioca
24. Castillo Miaumiau
25. Valle de las Secuoyas
Gigantes
26. Fuente Fundida
27. Ciénagas sulfurosas
28. Géiser
29. Valle de los Ratones
30. Valle de las Ratas
31. Pantano de los Mosquitos
32. Roca Cabrales
33. Desierto del Ráthara
34. Oasis del Camello Baboso
35. Cumbre Cumbrosa
36. Jungla Negra
37. Río Mosquito





□ 1. Mi nombre es Stilton, Geronimo Stilton



□ 2. En busca de la maravilla perdida



□ 3. El misterioso manuscrito de Nostradratus



□ 4. El castillo de Roca Tacaña



□ 5. Un disparatado viaje a Ratikistán



□ 6. La carrera más loca del mundo



□ 7. La sonrisa de Mona Ratosa



□ 8. El galeón de los gatos piratas



□ 9. ¡Quita esas patas, Caraqueos!



□ 10. El misterio del tesoro desaparecido



□ 11. Cuatro ratones en la Selva Negra



□ 12. El fantasma del metro



□ 13. El amor es como el queso



□ 14. El castillo de Zampachicha Maumiau



□ 15. ¡Agarraos los bigotes... que llega Ratigoni!



□ 16. Tras la pista del yeti



□ 17. El misterio de la pirámide de queso



□ 18. El secreto de la familia Tenebrax



□ 19. ¿Querías vacaciones, Stilton?



□ 20. Un ratón educado no se tira ratopetos



□ 21. ¿Quién ha raptado a Lánguida?



□ 22. El extraño caso de la Rata Apestosa



□ 23. ¡Tortorratón quien llegue el último!



□ 24. ¡Qué vacaciones tan superrrónicas!



□ 25. Halloween... ¡qué miedo!



□ 26. ¡Menudo canguelo en el Kilimanjaro!



□ 27. Cuatro ratones en el Salvaje Oeste



□ 28. Los mejores juegos para tus vacaciones



□ 29. El extraño caso de la noche de Halloween



□ 30. ¡Es Navidad, Stilton!



□ 31. El extraño caso del Calamar Gigante



□ 32. ¡Por mil quesos de bola... he ganado la lotorratón!



□ 33. El misterio del ojo de esmeralda



□ 34. El libro de los juegos de viaje



□ 35. ¡Un superrápido día... de campeonato!



□ 36. El misterioso ladrón de quesos



□ 37. ¡Ya te daré yo karate!



□ 38. Un granizado de moscas para el conde



□ 39. El extraño caso del volcán apuesto



□ 40. ¡Salvemos a la ballena blanca!



□ 41. La momia sin nombre



□ 42. La isla del tesoro fantasma



□ 43. Agente secreto Cero Cero Ka

Queridos amigos roedores,
hasta el próximo libro.
Otro libro morrocotudo,
palabra de Stilton, de...



Geronimo Stilton



GERONIMO STILTON. Nacido en Ratonía (Isla de los Ratones), es licenciado en Ratología de la Literatura Ratónica y en Filosofía Arquerrratónica Comparada. Desde hace 20 años dirige El Eco del Roedor, el periódico con más difusión de Ratonía. Ha sido galardonado con el Premio Ratitzer por

su reportaje «El misterio del tesoro desaparecido». Geronimo también obtuvo el Premio Andersen 2001 como personaje del año y uno de sus libros ganó el premio eBook Award 2002 como mejor libro electrónico de literatura juvenil. En su tiempo libre, Geronimo colecciona cortezas de parmesano del Renacimiento, juega al golf, pero sobre todo adora contarle cuentos a su sobrino Benjamín.

Geronimo Stilton es un seudónimo utilizado por la escritora italiana Elisabetta Dami.